

6 de noviembre de 2022 - 32º domingo "C"

[2 M 7:1-2.9-14; 2 Tes 2:16--3:5; Lc 20:27-38](#)

Homilía

Los Saduceos de este Evangelio no están realmente interesados en aprender nada de Jesús. Simplemente quieren tenderle una trampa. Como no creen en la resurrección, quieren mostrar cómo esa creencia lleva a consecuencias ridículas. La respuesta de Jesús es bastante misteriosa. De hecho, parece que simplemente quiere demostrarles que lo ridículo es su planteamiento. Intentan "imaginar" cómo es la otra vida; y esto es imposible, porque sólo podemos "imaginar" algo utilizando "imágenes" de nuestra limitada vida actual. Pero la otra vida está más allá de todas esas imágenes y limitaciones. No será una vida nueva; será la misma vida, pero libre de todas las limitaciones de la existencia actual.

Hay algo más que me parece muy interesante en las lecturas de hoy. Es el punto de contacto entre la primera lectura del libro de los Macabeos y el Evangelio. Evidentemente, hay un punto de contacto en el hecho de que estas dos lecturas expresan la fe en la resurrección de la carne. Pero hay otro punto de contacto menos obvio pero igualmente importante. Es el hecho de que el movimiento saduceo tiene vínculos en su origen con la revuelta macabea. Y esto también puede enseñarnos algo.

El primer gran periodo de la historia del pueblo de Israel fue la época del Éxodo, cuando el Señor formó a su pueblo a través de la experiencia del desierto. El segundo gran período fue el tiempo del exilio, durante el cual, mediante la enseñanza de sus profetas, el Señor preparó el renacimiento de su pueblo. El fruto más hermoso de este periodo fue el movimiento de los Hasidim, los piadosos, entre los que se encontraban los Anawim, o Pobres del Señor.

Tras el regreso del "pequeño remanente" a la tierra de Israel, y una nueva dominación por parte de una potencia extranjera, cuando las autoridades paganas querían obligar a los judíos a apostatar, la revuelta macabea contra el poder pagano encontró apoyo sobre todo en el movimiento carismático de los Hasidim y los Pobres del Señor.

Desgraciadamente, la revuelta macabea, que en un principio era un movimiento profundamente espiritual, pronto se convirtió en un poder político que aceptó varios compromisos con las autoridades paganas, hasta el punto de que uno de los Macabeos llegó a ser rey de Israel y Sumo Sacerdote, sin pertenecer a la familia real ni a la sacerdotal. Esto fue demasiado para los fieles del Señor, que se separaron de este

poder en una revuelta. De esta revuelta espiritual nacieron tres grandes grupos espirituales: los Fariseos, los Saduceos y los Esenios (grupo de carácter "monástico", bien conocido sobre todo desde los descubrimientos de Qumrán).

Los Fariseos y los Saduceos ejercieron una gran y profunda influencia espiritual sobre el pueblo de Israel, preparándolo para la venida del Mesías. Pero cuando llegó el Mesías, estos movimientos habían perdido su vida espiritual. Preocupados por conservar sus tradiciones, no fueron capaces de abrirse a la nueva luz que trajo Jesús. Ahora eran dos partidos muy conservadores, tanto en lo religioso como en lo político, ya que aquellos que, habiendo adquirido poder, honor y riqueza, no tienen interés en que las cosas cambien.

¿No es esto una lección y una advertencia para nosotros? Nos invita a estar siempre muy atentos, como comunidad eclesial y como comunidad monástica, para no caer en el peligro de la esclerosis y la tibieza. Muchos movimientos de la historia de la Iglesia empezaron con un gran entusiasmo carismático para luego fosilizarse. El monacato sólo ha permanecido en la Iglesia porque ha experimentado periódicamente momentos de reforma y conversión.

Lo realmente importante, para nosotros como para los Saduceos, no es descubrir, a través de nuestra imaginación -o a través de revelaciones privadas- cómo será la vida después de la muerte, sino continuar incesantemente, como comunidad y como individuos, un movimiento de conversión. Sólo así podremos, al final de nuestra peregrinación terrenal, reunirnos con todos nuestros hermanos en el "hoy" eterno de Dios.

Armand Veilleux